

# EL BARRIO DE INDIOS DE SAN PEDRO EN LA HISTORIA DE VALLADOLID-MORELIA

## THE SAN PEDRO INDIAN NEIGHBORHOOD IN THE HISTORY OF VALLADOLID-MORELIA

*Jaime Alberto Vargas Chávez*

### RESUMEN

Este estudio narra el fenómeno de las transformaciones urbano-arquitectónicas acaecidas en el valle de Guayangareo a partir de los asentamientos indígenas mesoamericanos (siglo XV). Comprende el establecimiento de las primeras estancias de españoles en este sitio; los esfuerzos y actores involucrados en la fundación de la nueva Ciudad de Guayangareo de Mechoacan (1541), después Valladolid y finalmente Morelia (1828); y profundiza en el tema de barrios de indios, particularmente el de San Pedro, a través de una novedosa metodología de investigación soportada en la confrontación de la cartografía antigua, planteada ante la ausencia de datos historiográficos, que nos acerca a la evolución de este espacio cuando se transfigura de barrio a Paseo de San Pedro en la época decimonónica, con el diseño del ingeniero belga Guillermo Wodon de Sorinne, hasta 1916, cuando se le renombra como Bosque Cuauhtémoc.

Palabras clave: Historia de las transformaciones urbano-arquitectónicas. Cartografía temática. Reconstrucción histórica. Barrios de indios de San Pedro. Paseo de San Pedro-Bosque Cuauhtémoc.

### ABSTRACT

This study narrates the phenomenon of the urban-architectural transformations taken place in the Guayangareo valley following the Mesoamerican indigenous settlements (15th century). It covers the first Spanish communities established on this site, the efforts and actors involved in the foundation of the new City of Guayangareo de Mechoacan (1541), later Valladolid and, finally, Morelia (1828). The study delves into the subject of indigenous neighborhoods, particularly that of San Pedro, by means of a new research methodology based on confronting ancient cartography in the absence of historiographic data. Such approach brings us closer to the evolution of this space from neighborhood to Paseo de San Pedro in the 19th century, designed by Belgian civil engineer Guillermo Wodon de Sorinne, until 1916, when it becomes Bosque Cuauhtémoc.

**Keywords:** History of urban-architectural transformations. Thematic cartography. Historic reconstruction. Indigenous neighborhoods of San Pedro. St. Pedro's Walk-Cuauhtémoc's Grove.



## I. INTRODUCCIÓN

Esta investigación cobra vigencia a partir de la selección de la sede y del tema a desarrollar por los participantes en el “III Seminario Internacional, paisaje y jardín como patrimonio cultural”, celebrado del 27 de mayo al 1° de junio de 2019 en el seno de la Facultad de Arquitectura (FAUM) de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), en la ciudad de Morelia, Michoacán (México).

Entre los atributos destacados que sustentaron la elección de la capital michoacana, resaltan las características particulares que reúne nuestro único parque urbano decimonónico local, que primero se llamó Paseo de San Pedro; locación cuyas condiciones físicas sirvieron como espacio articulador del diálogo para el grupo de especialistas que asistimos al evento, sustantivamente para atender el ejercicio práctico *in situ*, convocado como “Taller de intervención en paisaje y jardín histórico en el Bosque Cuauhtémoc, antiguo barrio de San Pedro de indios”.

2

Este sitio urbano, antaño se le consideró ubicado extramuros de la ciudad novohispana por su conformación como asentamiento de los indios del barrio de San Pedro, tal como también acaeció con la tierra repartida a los demás barrios indígenas fuera de la trama urbana de esta población, fundada para españoles el 18 de mayo de 1541 en la Loma Chata del valle de Guayangareo, a instancias del virrey Antonio de Mendoza.<sup>1</sup>

Este espacio fue un asentamiento indígena ubicado al sureste de la urbe vallisoletana, cuyos límites eran al viento norte con el acueducto; al oriente, con la propiedad de Rafael de Elizarráz y los límites de la hacienda del Rincón; en su cara poniente, con la hacienda de Guadalupe de Piedrita, el barrio de Cosamaloapan; y por el sur, con el barrio de la Concepción, tal como veremos más adelante apoyándonos en algunos mapas antiguos.

A lo largo de este ensayo nos acercaremos cronológicamente al conocimiento del fenómeno de las transformaciones urbano-arquitectónicas que tuvo el sitio, primero a través de fuentes historiográficas más recientes que de manera bien documentada reseñan los albores del asentamiento humano

<sup>1</sup> El 13 de septiembre de 1991, “el centro histórico de la ciudad de Morelia –antes Valladolid– de Michoacán fue declarado Patrimonio Mundial de la Unesco, bajo los criterios II, IV y VI de los lineamientos operativos para la inclusión de sitios y monumentos en esa lista”. El polígono señalado en la Declaratoria contempló 219 manzanas con 1.113 inmuebles históricos catalogados. El bosque Cuauhtémoc quedó inserto en tal distinción (FOMENTO CULTURAL ESPEJO, 2001, p. 18).

de la nueva Ciudad de Mechoacan y los avatares desde su fundación hasta su consolidación a partir de 1580.

Mediante el auxilio de la cartografía histórica<sup>2</sup> de variadas épocas, nos asomamos a ella con los ojos puestos en el diseño del ingeniero civil y militar Guillermo Florestan Wodon de Sorinne, de origen belga, en virtud de su destacada pero difícil participación profesional en el proyecto, la ejecución de los trabajos y la defensa periodística de sus ideas creadoras, articuladas coherentemente en nuestro idioma, del cual tuvo pleno dominio. Él, en la primera década de la segunda mitad del siglo XIX, miró el espejo de la ciudad clerical y atisbó al interior de su problemática. Transitó como un hombre de su tiempo, con un profundo conocimiento técnico soportado en la historia misma de nuestro país (VARGAS, 2012a, p. 108-171), justo en el momento histórico que originó la desaparición de los barrios de indios del cinturón periférico de Morelia, particularmente del barrio de San Pedro: la extinción de las tierras de comunidad.

Tal momento histórico abrió la puerta al fenómeno de las transformaciones urbanas del sitio y su contexto aledaño, iniciadas por el cambio de uso del suelo suburbano, entonces ya tan demandado en virtud del crecimiento demográfico, producto tanto del incremento de la población local como de la migración de la gente del campo que se trasladó a la ciudad en busca de trabajo para mejorar su condición de vida y dar seguridad a sus familias, dadas las plagas y las hambrunas que se padecieron desde tiempo atrás. Adversidades siempre presentes a lo largo de la historia novohispana.

Además, los conflictos armados que se dieron a lo largo del tiempo en ese siglo a partir de la Guerra de Independencia trajeron consigo el inicio de un proceso de expansión continua de la mancha urbana en el territorio nacional. Pero no habiendo ya tierra intramuros tuvieron que voltear sus ojos hacia la periferia para tomar los espacios físicos de lo que antes se definía como extramuros y que, en derecho, siempre estuvieron ocupados por los barrios de indios, tierras otorgadas como testimonio vivo de gratitud a su vital ayuda para la sobrevivencia y el desarrollo de las ciudades.

[...] Fuera del recinto apetecible y dominado por la oligarquía se desparrama a los cuatro puntos cardinales una ciudad –di-

<sup>2</sup> Método novedoso de nuestra autoría, que nos permite realizar un análisis comparativo del espacio sujeto de nuestro estudio para obtener información clave, así como conocer y entender las diferentes historias que ha tenido la geometría de trazo del polígono de este predio.

ferente–: la más extensa y poblada, la que alberga los residuos de los pueblos indígenas extinguidos del valle de Guayangareo; la de los –arrimados–, a causa de la hambruna de 1786, la que provenía de sirvientes y menestrales, de México. Entre la Calle Real y la Ciénega de los Urdiales y el descampado de San Pedro en Valladolid, se movían los extremos de una sociedad desigual (DÍAZ, 1799 *apud* JUÁREZ, 1991, p. 236).

Sin duda alguna, San Pedro fue uno de los primeros cinco asentamientos de indios que se consolidaron en torno a la nueva Ciudad de Michoacán, producto de las migraciones promovidas por las autoridades locales para que con su indispensable mano de obra se lograra cimentar el nuevo asentamiento para hispanos. Los primeros indios que poblaron el barrio de San Pedro, al igual que los de San Francisco, procedían de pueblos cercanos: Capula, Necotlán (Santiago Undameo) y Tiripetío (PAREDES, s.f., p. 9).

A estos barrios de indios se les asignó tierra para que en el nuevo sitio conservaran su tradicional estructura de vida, cubrieran sus necesidades vitales y pudieran desde esta ubicación atender sus cotidianas labores urbanas, a la vez que estar al pendiente de las de habitabilidad y avituallamiento propias. Así, a quienes con gran esfuerzo y sudor levantaron desde abajo los cimientos, construyeron los muros de nuestra recia arquitectura y trazaron el urbanismo que hoy nos enorgullece, se les agrupó extramuros, formando un cinturón en torno a la traza urbana primigenia de la nueva ciudad; ubicación que a la postre –ya en el siglo XIX– los convertiría en un estorbo que demandó solución legal a partir de medidas fatales para ellos.

Tal hecho redundó en conflicto cuando hubo de plantear soluciones para eliminar el estrangulamiento que padecía la población hacia finales de la primera mitad del siglo XIX, en la época de la República cuando las autoridades de los diferentes niveles ya habían olvidado el mérito de los servicios que la mano de obra indígena había aportado para la erección de la ciudad colonial, misma que ya obstaculizaba esos aires de la nueva modernidad decimonónica.

De inicio, debemos preguntarnos sobre todo aquello que estuvo relacionado con este asentamiento donde se congregó al menos a tres grupos de indios de raíces diferentes, comenzando con: ¿Cómo fue que se les amalgamó para que radicaran en un solo barrio?, ¿Por qué y cuándo se les asignó a ellos este sitio?, ¿Cómo fue que se determinó la cantidad de la

dotación de tierra?, ¿Quiénes o cómo y cuándo determinaron el reparto definitivo del suelo para las familias migrantes allí asentadas?, ¿Qué criterio siguieron para determinar el diseño de la geometría de trazo al interior de su barrio?, ¿Por qué escogieron la advocación de San Pedro como protector de su barrio?, ¿Por qué la traza del polígono que ocuparon obedeció a la declinación cosmogónica de asentamientos indígenas de otras latitudes, y no se alinearon al que tuvo y hasta hoy día conserva –al modo castellano– la nueva Ciudad de Mechoacan?, y ¿Cuál fue el papel protagónico de este asentamiento de indios respecto de los otros trece barrios indígenas en el contexto de hacer ciudad?

Sobre estos temas transitamos a lo largo de este trabajo, empleando diversas fuentes documentales y revisando, por medio de nuestra particular propuesta metodológica para el análisis del espacio físico que ocupó este emplazamiento, la cartografía histórica para entender mejor el complejo proceso evolutivo del barrio de San Pedro, luego Paseo de San Pedro y finalmente Bosque Cuauhtémoc, así como identificar tanto las características morfológicas del polígono asignado para este asentamiento como la particular declinación cosmogónica de su orientación, el orden contenido en la traza de sus calles y la conformación de sus componentes barriales. Tal disposición urbana denota un acomodo acaso de carácter costumbrista propio de su cultura indígena, visto tras revisar la distribución y el implante tanto de su equipamiento (plaza, capilla-hospital y cementerio) como de la ubicación del suelo determinado para las casas de sus principales, características peculiares que demandan un posterior estudio a fondo.

Nuestra revisión debe abarcar también el repaso de su proceso de agonía paulatina y transformación del espacio, hasta el arribo de las nuevas expresiones de diseño urbano decimonónicas que innovaron el uso y destino original del suelo, transformación de importancia histórica borrada de la memoria reciente de algunas generaciones. Estos hechos por sí mismos hablan del nuevo orden institucional de la República, de una cultura en conflicto regida bajo otros esquemas del pensamiento: como sociedad decimonónica que, *de facto*, permaneció dividida por un largo periodo.

Los pueblos-barrios de indios de origen mesoamericano, con sus altibajos, sobrevivieron al mestizaje, soportando las consecuencias de la conquista española que trajo consigo maltrato, discriminación, despojo de sus tierras y su religión, enfermedades, plagas y vicios producto del encuentro de los dos mundos. Empero, a partir de la independencia hubo un cambio en la

mentalidad de los gobernantes de la nueva nación, que en sus ideales proclamaron el deseo de hacer libres e iguales a todos los hombres, así que en la naciente época republicana arremetieron con nuevas leyes contra estos grupos en la búsqueda de lograr dichas aspiraciones, y asestaron el golpe de gracia a sus estructuras de gobierno y sociedad, con lo que lograron al fin la extinción de numerosos núcleos todavía de raíces indígenas.

El barrio de indios de San Pedro fue uno de los que sucumbieron en forma definitiva, aunque no en un solo tiempo, pues primero se les permutó el polígono que ocupaban sus casas, tierras de labor y calles, tal como veremos a partir del análisis basado en el dibujo del plano que para su valúo se levantó; más adelante, se les desposeyó del resto de sus heredades: la plaza, la capilla-hospital cementerio, las casas de los principales y, sobre todo, su orgullo barrial.

En la mente de algunas de las generaciones que nos antecedieron (siglo XX) y las consideraciones actuales –pero que no fueron ya testigos de esos hechos–, cuando han dirigido su mirada a esa locación han conjeturado que, de siempre, ese espacio estuvo tan arbolado como hoy día se le ve, y que la fronda de su masa arbórea permanentemente le ha otorgado a ese espacio urbano una temperatura más fresca, diferente de lo que se vive en el casco histórico de Valladolid-Morelia. Sin embargo, es bien sabido que no siempre fue así gracias a la memoria escrita legada por el ilustre científico Juan José Martínez de Lejarza<sup>3</sup>, quien contribuyó con estudios sobre botánica y participó en actividades de reforestación de este espacio, en fecha posterior a la extinción del barrio de San Pedro.

4

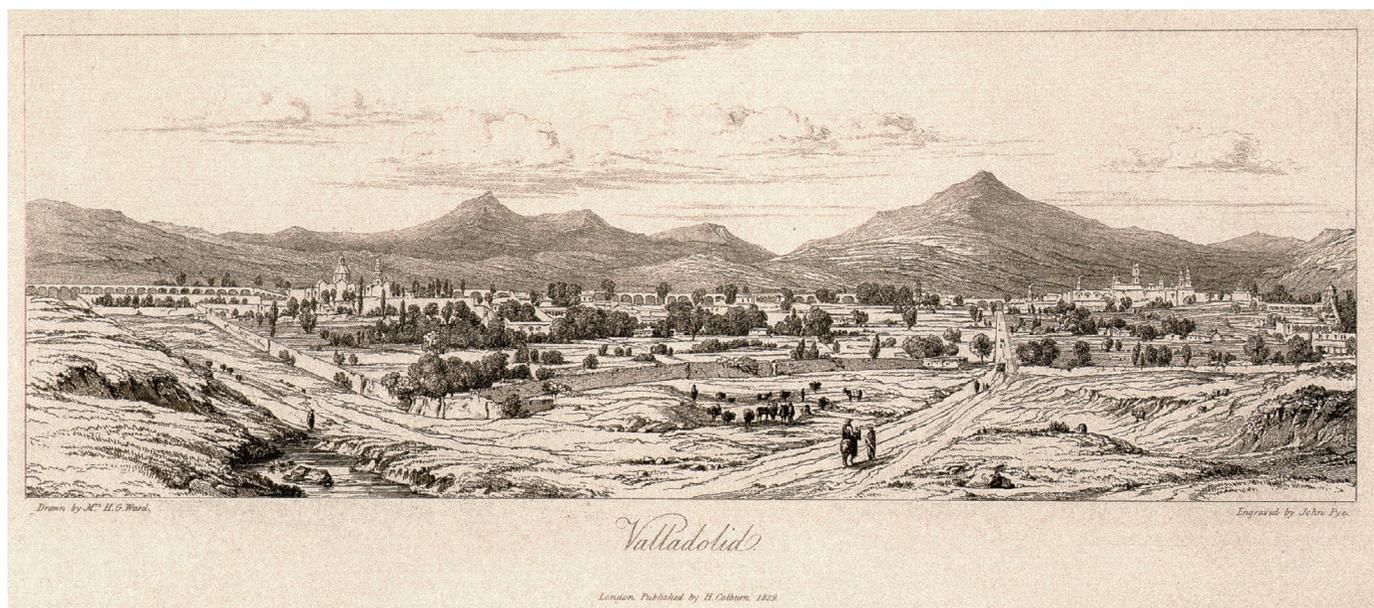


Figura 1 – Poco después de la Guerra de Independencia, en 1828, Emily Elizabeth Ward –esposa del primer embajador inglés en México–, con su pluma plasmó la imagen de nuestra ciudad. Nótese que en esta litografía no existía una fronda notable atrás del acueducto (caño del agua), que es la zona donde se ubicaba el barrio de San Pedro. Fuente: litografía presentada por José N. Iturriaga (1993, p. 92).

3 Destacado científico e investigador decimonónico que nos legó acuciosos datos estadísticos de nuestra latitud; perteneció al Cuerpo de Cabildo local (TAVERA, 1979, p. 56).

## 2. POBLADORES INDÍGENAS DEL VALLE DE GUAYANGAREO

En tiempos recientes ha sido replanteada la verdadera historia acerca de los orígenes de Morelia, desterrándose la tradición de repetir lo antes dicho por otros sin verificar su verdad. Comenzó así un nuevo principio para entender y saber ver la realidad de la historia fundacional de la novohispana nueva Ciudad de Mechoacan-Valladolid, que abrió paso a la relatoría de los antecedentes del valle de Guayangareo –aunque de manera breve– y de los nacientes asentamientos de indios distribuidos extramuros en la periferia de la trama urbana de la nueva población, cuya historia va de la mano con la de Valladolid y el contexto histórico que la envuelve. Finalmente, “la historia local se convierte así en historia regional” (HERREJÓN, 2000, p. 6).

Entre la escueta información que se tiene sobre los asentamientos preexistentes a la llegada de los hispanos al valle, a manera de antecedente, Carlos Herrejón (2000, p. 23, 33) describe que en el primer tercio del siglo XV,

Chapa, señor de Curíngaro, halló al menos dos centros de población a los cuales conquistó: al noroeste del valle, Capula (Xéngaro), y al noreste Hucariquero, cerca de Guayangareo. Extendió sus dominios hasta Araró y luego incluyó Etúcuaro. A su muerte lo heredaron sus hijos, quienes entraron en disputa. [...]. El poblado de Guayangareo no parece haber sido considerable al momento de la conquista hispana. [...].

Años antes del arribo de los conquistadores a estas tierras, algunos señores del reino tarasco encabezados por Tzitzipandacuare permitieron que grupos matlazincas y otomíes se establecieran en territorios cercanos (PAREDES, 2001).

Haciendo memoria sobre las huellas remanentes de los asentamientos prehispánicos, nos remontamos a los años 1970 del siglo XX, cuando se ejecutaron los trabajos de urbanización para establecer la vialidad que por el sur corre paralela a la loma de Santa María, desde entonces conocida como avenida Camelinas –primer libramiento vial de tiempos modernos–, diseñada para comunicar de oriente a poniente la ciudad de Morelia, que dio pie al cambio de uso y destino del suelo de toda esta zona. Comenzó en aquel momento la tendencia de crecimiento de la urbe hacia el sur en las faldas de la loma. Con dichas obras se abrió el acceso a la comercialización

de una extensa franja de tierra agrícola ubicada en los terrenos que antes constituyeron el rancho del Aguacate, como mencionaremos después, límites físicos de la estancia de Gómez por el viento poniente, que llegaban hasta lo que hoy es el parque Zoológico Juárez.

Al abrirse tales obras de urbanización, justo en los predios ubicados al costado izquierdo de la primitiva subida al pueblo de Santa María de la Asunción, salió a la luz una importante cantidad de ruinas arqueológicas que desafortunadamente fue poco estudiada, y la maquinaria pesada pronto se encargó de borrar<sup>4</sup>, no obstante que desde tiempo atrás se sabía de la existencia de tales vestigios prehispánicos en virtud de ya encontrarse visibles (CÁRDENAS, 1999, p. 217-231).

Es de notar que la comunidad tarasca de Tiripitío tenía tierras hasta la entrada del río Grande, en la ciénega del valle de Guayangareo. No eran, pues, los pirindas de Undameo, a pesar de su mayor cercanía, quienes penetraban al valle en ese punto, sino los tarascos de Tiripitío. Finalmente, la toponimia mencionada, así como otros numerosos nombres de diversos lugares dentro y cerca del valle acusan la presencia purépecha (HERREJÓN, 2000, p. 29).

## 3. PRIMERAS ESTANCIAS DE ESPAÑOLES EN EL VALLE DE GUAYANGAREO

[...] el poblado indígena prehispánico llamado Guayangareo, distinto del que floreció en el periodo clásico, los datos que tenemos hacen suponer que efectivamente había un poblado indígena al momento de la conquista. Según dijimos, este poblado se ubicaba a la entrada del río Chico, en ese rincón del valle, donde se asentaría la primera estancia novohispana. Su punto preciso pudo ser del otro lado del río al pie de la siguiente loma, frente a la estancia. Hacia 1536 había ‘hasta cuarenta y cinco indios’ que el estanciero Gonzalo Gómez trataba como si fueran de

4 “[...] Y no solamente en las faldas de la loma de Santa María, sino en partes colindantes bajando hacia el valle, como en los terrenos de lo que fuera el rancho del Aguacate y en partes del nuevo cauce del río Chico, se hallaron piezas aborígenes, unas de las cuales fueron a dar al Museo Michoacano y otras a colecciones particulares”. (PAREDES, 2001, p. 125).

encomienda<sup>5</sup>, 'una encomienda a pequeña escala', dice Warren (HERREJÓN, 2000, p. 30).<sup>6</sup>

Bernardino de Albornoz fue el primer español que obtuvo una estancia en el valle de Guayangareo, en fecha no precisa. Se dice que nunca llegó a radicar en ella. La propiedad estaba ubicada en la "porción sureste de la loma llana y grande entre el Río de Guayangareo (ahora río Chiquito) y los paredones al sur de la ahora llamada loma de Santa María", cuyos "límites se extendían hacia el oeste llegando al camino que corría de Matlazingo (Charo) a Necotlán (Santiago Undameo)"<sup>7</sup>. A cambio de manos, entre 1530 y 1531, estas tierras, e incluso el espacio donde hoy se localiza el camino para subir al pueblo de Santa María (antes barrio del mismo nombre), pasaron en su totalidad a la propiedad de Gonzalo Gómez. Esta última porción del predio, al correr de los años como exponemos más adelante, tuvo que ver con el proceso legal de la permuta de las tierras del barrio de San Pedro, ya en los albores de la segunda mitad del siglo XIX cuando transitó a ser identificada como Rancho del Aguacate, ya era de propiedad del H. Ayuntamiento de Morelia, Michoacán.

6 A lo largo de una treintena de años, Gonzalo Gómez estableció aquí su residencia, aunque continuamente iba y venía para supervisar y atender sus múltiples propiedades ubicadas en la geografía michoacana, como negocios en otras latitudes. Fue un hombre emprendedor, pero conflictivo y violento. Contaba con una vasta red de relaciones, si bien contrarias al gusto de su amigo Vasco de Quiroga, polémico primer obispo de la diócesis michoacana.

El 18 de mayo de 1541 —cuando se fundó la nueva ciudad de Michoacán—, en las respectivas memorias acerca de los límites de este nuevo asentamiento para españoles se puso en claro que tocaba con "las heredades de trigo y viña de Gonzalo Gómez" (WARREN, 2001, p. 15). Asimismo, al momento de ese connotado evento se dejó constancia de que Alonso Rangel tenía una estancia de ovejas y que otro estanciero en el valle era Juan de Borallo. Un año antes de la fundación, el virrey Mendoza aseveró que, por igual, Nicolás de los Palacios Rubios poseía la estancia de Yzúcuaro

5 "Se trataba de asentamientos dispersos y tal vez pequeños. De haber sido grandes se hubiera establecido una encomienda formal. Mas no fue tal".

6 Cf. WARREN (1977, p. 315).

7 "El pueblo indígena de Guayangareo, al parecer estaba un poco más al noreste de donde salía el río del cerro". (WARREN, 2001, p. 13-16).

al poniente del valle (Itzúcuaro)<sup>8</sup>. Warren asevera que Gonzalo Gómez no participó ni mucho menos colaboró en el evento fundacional, tampoco lo hicieron Rangel y Borallo.

En este espacio geográfico, donde Gonzalo y su esposa Mayor Gómez había ejercido durante tres décadas un control y dominio absoluto, la estructura de poder comenzó a fracturarse con la fundación y la llegada de numerosos pobladores. El nombramiento de las primeras autoridades civiles por el virrey Mendoza y los conflictos originados por la llegada del nutrido grupo de individuos deseosos de asentarse en este nuevo poblado irrumpieron con el control y la administración de sus dominios, a la vez que complicaron el tema de la mano de obra obtenida de los naturales de la región, que hasta entonces en su mayoría habían laborado para Gómez pero que ahora los nuevos ciudadanos demandaban con vehemencia y seguramente propiciaron una feroz competencia por ella, dado el urgente estado de necesidad que exigían todas las actividades de poblamiento.

En abril de 1542, a menos de un año de la fundación de la nueva ciudad de Michoacán, la familia Gómez ya radicaba en la capital de la Nueva España, aunque no fue sino hasta 1548 cuando vendió sus propiedades. La lectura de la carta de venta, signada el 22 de julio de 1548, nos permite dimensionar el calibre de sus diversas propiedades y lo mucho que se complicó conservarlas sin el volumen de mano de obra de los naturales locales, que hasta antes tuvo sin mayor competencia.

Así, transfirió la estancia con todas sus pertenencias,

[...] unas tenerías, una fragua con sus herramientas y aderezos, un molino de pan, un batán, además trece telares (diez de jerga y sayal, uno de paños, otro de frazadas y otro de alforjas), diez yuntas de bueyes de arada con sus arados, rejas y aderezos, y cuatro carretas. También vendió veintitrés esclavos negros, una arria de veintidós caballos con sus enjalmas y aderezos, ocho mil cabezas de ganado ovejuno con las dos estancias donde pastaban. Cedió todo por el precio de ocho mil pesos de oro de minas, lo cual pagó Antón Ruiz con diecisiete planchas de plata (WARREN, 2001, p. 16).

8 Fue adquirida de Hernán Pérez de Bocanegra y él, a su vez, del boticario Alonso Lucas. Este último la adquirió en fechas tempranas de manos de don Pedro, el gobernador de Capula (HERREJÓN, 2000, 50).

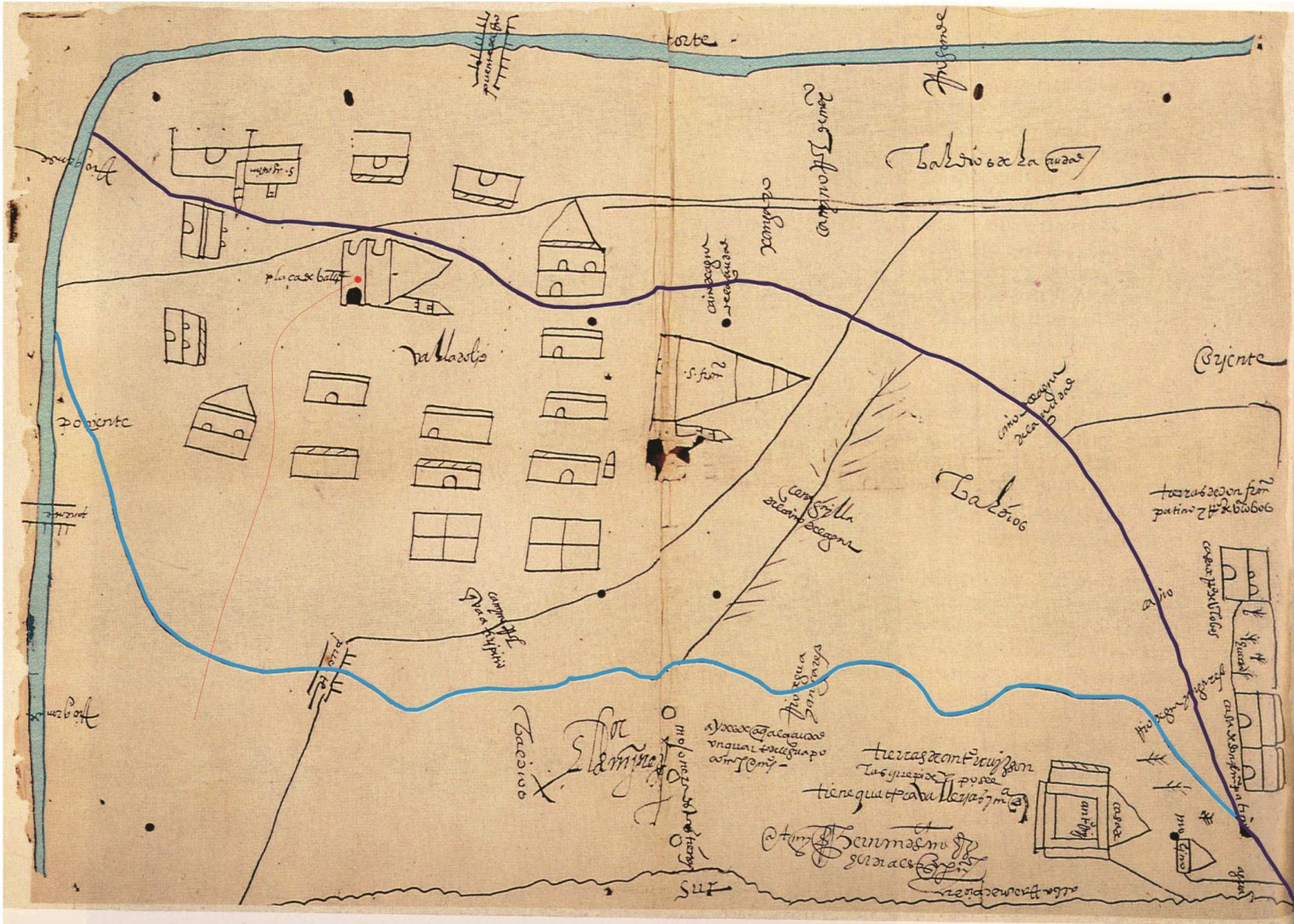


Figura 2 – Primer plano de la ciudad de Valladolid donde a la derecha, en la parte inferior, se ubica la estancia de Gonzalo Gómez. En 1577 Antón Ruiz, hijo de Antón Ruiz, interpuso una denuncia contra Gómez, quien 29 años antes le había vendido tal estancia a su padre. “Reclamó a la autoridad civil, argumentando que el molino y el batán nunca habían sido puestos en el lugar designado por el virrey. [...]” (WARREN, 2001, p. 16). Fuente: Archivo General de la Nación (AGN), Catálogo de Ilustraciones 4, Núm. 1775, p. 4, Fj. 44. “Plano de la Ciudad de Valladolid”, autor: Hernán Gómez Ordiales, medidas: 41 × 31 cms, técnica: tinta china, sustrato base: papel de algodón.

#### 4. MANO DE OBRA INDÍGENA PARA LA NUEVA CIUDAD DE MICHOACÁN

La indispensable fuerza de trabajo humana que se requirió para la erección del asentamiento para españoles de la nueva ciudad de Michoacán provino de un importante núcleo de indios tributarios diseminados en zonas periféricas al valle de Guayangareo. Este flujo migratorio fue impuesto por la autoridad virreinal a petición de partes, conseguido por tiempos y no sin grandes dificultades.

Los vecinos estrictamente fundadores fueron muy pocos. No hay elementos para definir con exactitud; pero según me parece ese año de 1541 no llegaron ni a veinte cabezas de familia. Había problemas fundamentales sin resolver y además sobrevinieron acontecimientos graves. El principal problema irresoluto era la falta de mano de obra: la población surgía en un lugar donde apenas había dos que tres pequeñísimos asentamientos indígenas. Los núcleos autóctonos se hallaban a dos o tres leguas, según vimos: Tarímbaro, Matlacingo (Charo), Necotlán (Undameo), Tiripitío y Capula [...] (HERREJÓN, 2000, p. 72-73).

Mudar a esos grupos humanos, de raíces étnicas comunes mas de identidades variadas ya que eran de procedencia diversa, seguramente desde el inicio demandó el concurso de los primeros ayuntamientos de la ciudad para crear estrategias encaminadas a dotarlos con tierras apetecibles, procurando no fragmentar sino aglutinar esas nuevas ligas de pobladores al asignar a cada cual un espacio digno y suficiente en el territorio urbano del valle de Guayangareo<sup>9</sup>. Así, en concordato primero con la autoridad eclesial del clero secular, pero –debido a la disputa del virrey Mendoza con el obispo Quiroga por la erección de este asentamiento para españoles—<sup>10</sup> fundamentalmente con el clero regular, se construyó la política barrial inicial. Cada barrio quedó delimitado y obtuvo el nombre del santo patrono a cuya

9 “[...] los pueblos de indios ya establecidos, que eran los menos, pasarían a ser considerados barrios de la ciudad, con obligaciones laborales y de servicios a la misma. En este caso están claramente representados por el pueblo de Santa María de la Asunción, [...] al sur, posiblemente también San Francisco Chiquimitío y Santiaguito, ambos al norte de la ciudad; y San Juan Itzcuaru en su lado poniente. Otra historia es la que representa a los barrios de indios que se fueron formando en torno a la misma ciudad [...]” (PAREDES, 2001, p. 132).

10 “[...] el virrey y los pobladores hispanos se percataron claramente que en Pátzcuaro, la autoridad virreinal y el interés de los encomenderos iban a ser precarios frente a Quiroga y a los indios unidos” (HERREJÓN, 2000, p. 60).

advocación consagraron la protección de su comunidad, lo cual entonces dio origen a una nueva identidad grupal basada en tradiciones cristianas que regirían el conglomerado habitacional a partir de la institución hospitalaria como forma de gobierno civil y religioso indígena, pero que parcialmente también se hizo extensiva a los esclavos negros.

Al planificar la organización de la ciudad, se le dividió a la usanza del urbanismo hispano (ya influenciado por la cultura del mestizaje) en barrios, que a su vez conformaron parroquias o doctrinas. Los barrios de indios recibieron el tratamiento de conjuntos suburbanos, con sus casas, huertas y corrales, amén de sus tierras comunales; quedando en su mayoría exentos del corazón de la ciudad; es decir, a extramuros de su traza urbana-arquitectónica (VARGAS, 2012a, p. 109-110).

De esta manera, encontramos que el primer barrio de la Nueva Ciudad de Mechoacán<sup>11</sup> conformado a partir de su fundación fue el barrio de San Juan de los Mexicanos. En torno a este núcleo se asentaron los indios de habla náhuatl traídos por los primeros españoles, originarios de Tlaxcalan (Tlaxcala), México, Tescuco (Texcoco), Guaxocingo (Huexotzingo) y Nochistlán.

Podemos suponer que toda vez que se les asignaron y delimitaron las tierras a ocupar por cada barrio<sup>12</sup>, las propias estructuras de mando de todos los nuevos núcleos trazaron, dividieron y asignaron el suelo para cualquier grupo familiar recién llegado.

Desde el inicio, las redes de relaciones y los antecedentes culturales de carácter regional de estos conglomerados de indígenas fueron de importancia capital para construir y consolidar el nuevo asentamiento. Baste reflexionar acerca del enorme problema que representó al principio partir de cero no solo para trazar calles, levantar muros y ponerle techo a las fincas con el auxilio de la peonada y los versados en albañilería, sino también para cubrir adecuadamente el avituallamiento de todos los interesados que arribaron, a la voz de “si el campo no produce, el pueblo

11 “Para evitar confusiones no pocas veces se le llamó Nueva Ciudad de Mechoacán, denominación que por mi parte adoptaré invariablemente por el mismo motivo” (HERREJÓN, 2000, p. 68).

12 “El mismo día de la toma de posesión se designó para huertas y labranzas de los vecinos de la nueva ciudad, el acón que hace entre los dos ríos, al poniente, así con las riberas del río Guayangareo, exceptuando las partes ya ocupadas por Gonzalo Gómez, Juan Borrallo y los indios de Guayangareo. El señalamiento de los ejidos se llevaría a cabo el viernes y sábado siguientes: primero para pastos y ganado mayor, y luego para ganado ovejuno” (HERREJÓN, 2000, p. 69).

no come”; además del imprescindible aprovisionamiento y suministro de materiales, equipos y herramientas –indistintamente de origen indígena o manufactura hispana– necesarios para todo género de actividades cotidianas. De tal suerte que ellos enlazaron el abasto alimentario regional para los pobladores y su ganado, y todo lo que en sentido extenso conllevó una empresa de esta magnitud.

En el mismo año de la fundación o años después se establecería el barrio de Ycchaqueo, esta vez de tarascos y de habla náhuatl, situado al sur de la ciudad, en la rivera sur del río Chico (Chiquito) y distinto al pueblo del mismo nombre [...]. En estas tempranas fechas del inicio de la ciudad y antes del traslado de la sede episcopal a Valladolid entre 1577-1580 aparecieron tres barrios más, los cuales sucumbieron en algún momento posterior de reordenamiento de la población; se trata de la estancia de Guayangareo, San Juan Guayangareo y en algún momento conocido la estancia de San Antonio al suroriente y de los barrios de San Francisco y San Agustín, seguramente situados en torno a estos conventos [véase en la Figura 3 su ubicación física en el territorio de la ciudad] y que según la fuente “son indios naboríos adquiridos y poblados por los religiosos [...] porque todos eran sacristanes e cantores y oficiales de los conventos [...]” (PAREDES, 2001, p. 132).

Sospechamos que con el traslado de la autoridad civil y eclesiástica hacia 1580<sup>13</sup> hubo que poner manos a la obra con mayor esmero en esta materia. Así nacieron tres barrios nuevos: el de Santa Ana y San Miguel de Checácuaro, al poniente, y el de San Pedro<sup>14</sup>, en la porción suroriente del asentamiento, conformado por indios de Pátzcuaro y otros lares. Dado que los tres fueron consagrados bajo la doctrina de la iglesia catedral y sus prebendados, intuimos que se conformaron por la iniciativa del propio clero secular al radicarse en definitiva aquí.

13 “El traslado de la sede a Valladolid resultó tardío en relación a aquellas otras catedrales, y se realizó luego de la terrible epidemia de 1576-1577 que tan implacablemente diezmar a la población indígena”. (MAZÍN, 1991, p. 21).

14 “[...], como tributarios adscritos en los padrones de la ciudad de Pátzcuaro, aun trasladados al barrio de San Pedro, debían pagar su tributo a sus autoridades indígenas de la ciudad lacustre, para lo cual acudían cobradores de tributos a San Pedro. Esta situación se mantuvo al menos hasta 1657, año en el que tenemos testimonio de ello” (PAREDES, 2012, p. 28).

Posteriormente, al acatar los *Mandamientos del virrey conde de Monterrey para la congregación de indios para la alcaldía mayor de Valladolid 1601-1603*, una buena parte de los indios de los pueblos aledaños señalados para ser reasentados se acogieron al beneficio de la *exención de servicio personal*, con la ventaja de que a quienes quedaran más cerca de la ciudad se les asignarían 20 brazas de tierra a cada uno, mientras aquellos ubicados más lejos serían dotados con 50 brazas, como a los del barrio de Chaqueo, congregación inmediata a Santa Catarina que colindaba con el río Guayangareo (Chico)<sup>15</sup>.

## 5. EL ROSTRO DEL BARRIO DE SAN PEDRO

El relato de algunos de los barrios ubicados en las goteras de la urbe vallisoletana que para el año de 1619 fueron consignados en el informe del obispo Baltazar de Covarrubia nos permite entender cuál era la forma como entonces la gente de un nivel cultural elevado –como el del prelado– veía, describía y entendía, y cuáles eran sus intereses documentales particulares. Acaso tan solo como datos estadísticos sobre estos asentamientos humanos, ya que puntualiza:

[...] unos pueblos de indios suburbanos que son barrios de la ciudad, doctrinados y sacramentados por la iglesia, de ella, aunque cada lugar tiene su ermita aderezada y con ornamentos; cuyos nombres y vecindad son: el pueblo de San Pedro, de la administración del cura de la ciudad, con 50 vecinos indios casados (cabezas de familia), poco más o menos. San Miguel Ycchaqueo, de la misma administración, con 12 indios casados, poco más o menos y otros tantos por casar. [...]<sup>16</sup>.

Estos documentos de época de manera alguna no refieren mayores datos que nos auxilien a establecer la primitiva morfología (geometría de trazo) de tales núcleos, ni sus límites materiales, como tampoco señalan demarcaciones precisas con los barrios contiguos, ni las dimensiones entre cada cual (como veremos en la Figura 3); por lo que aún hoy día se complica

15 Preliminarmente al mandato de julio de 1603, se sabe que los barrios de indios de Valladolid ya contaban con 414 tributarios, a los que se les agregaron los de nueve pueblos cabeceras más, provenientes de la comarca: Jesús del Monte, Zinapécuaro, Puruátiro (que incluía Jaso y Teremendo), Indaparapeo, Tarímbaro, Matalcingo, Jesús Huranbani (Huiramba), Tiripitío y Chocándiro (HERREJÓN, 2000, p. 235 y 251).

16 Tan solo le aventajaba en el número de habitantes el pueblo-barrio de Santa María, “con 60 vecinos casados y más o menos igual número de viudas y solteros” (HERREJÓN, 2000, p. 251).

determinar con certitud sus límites reales, e incluso la ubicación a ciencia cierta de aquellos asentamientos humanos que con el paso del tiempo desaparecieron o cambiaron su nombre. No ocurre este fenómeno exclusivamente para el caso de los barrios de indios, aquí tan solo es para ejemplificar al barrio de San Juan de los Mexicanos, que era el más próximo a la trama urbana del casco histórico vallisoletano, por haber sido el primero en establecerse, que aún hoy día –al igual que el resto de barrios urbanos antiguos de la ciudad capital del Estado– su territorio físico no puede ser precisado a cabalidad.

Pero ¿Acaso se trata de una ausencia de datos acerca de demarcaciones urbanas exclusiva de la ciudad capital de Michoacán o están documentados casos similares en otras urbes novohispanas?, ¿Desconocemos aún mediante qué tipo de instrucciones oficiales se resolvía este problema al momento de levantar los censos de población o para aspectos recaudatorios? Como vemos, todavía hay tareas pendientes de investigar en materia del fenómeno de las transformaciones urbano-arquitectónicas no únicamente en el ámbito local o regional, sino que cubran estos vacíos del conocimiento de los límites barriales en territorios geográficos más amplios.

Para el caso del barrio de San Pedro, es de nuestro interés determinar su temporalidad de vida en relación con la historia de la ciudad. Como ya dijimos, el traslado de la sede de la autoridad civil y la eclesiástica ocurrido entre los años 1577 y 1580 es el momento que marca el punto de partida para la verdadera consolidación de Valladolid, y que cesa y languidece para nuestro sujeto de estudio a partir del convenio para la permuta del grueso de las tierras que habitaban y trabajaban los indios de San Pedro, cuando “fungía como Presidente del Ayuntamiento don Ramón Valenzuela: con fecha agosto 7 de 1852, y el apoderado de la Corporación municipal Carlos Valdovinos –previa autorización del Cabildo– con los indígenas de barrio de San Pedro, inició el protocolo oficial para permutar sus tierras por las del Rancho del Aguacate, que formaba parte de los bienes de Propios de la Corporación (municipal)” (VARGAS, 2012a, p. 129).

En ese momento se derivó el verdadero proceso de extinción de “una representación de vida, de costumbres particulares de comunidad, de una forma de interactuar en sus relaciones colectivas [propias y con otras comunidades indígenas y demás habitantes de la ciudad], de su cultura, de su identidad, de sus miserias y frustraciones”; es decir, de su vida colectiva e individual (VARGAS, 2012a, p. 130). Entidad barrial que desde el origen

obtuvo capacidad política, reconocida por las autoridades hispanas y sus similares, con una vigencia de alrededor de 270 años en conexión directa con la historia de la ciudad de Valladolid-Morelia<sup>17</sup>.

Cuántos indios tributarios de Pátzcuaro arribaron al nuevo barrio de San Pedro para asentarse allí; luego nacieron en aquel lugar las nuevas generaciones, que crecieron y se formaron ya con la identidad propia de su barrio. Y así se consolidaron y prosperaron, se casaron y procrearon y, al final del ciclo de sus vidas, fueron sus restos mortales fueron ahí sepultados. Todo acaeció en torno al corazón de su vida comunitaria, que fue su capilla dedicada al apóstol San Pedro.

El 29 de noviembre, se efectuó la entrega formal del Rancho del Aguacate. Al día siguiente, comenzó la transmisión-inventario en mano del barrio de San Pedro; “el apoderado pidió que se recibieran también los árboles y plantas que constan en ese documento” [...] (PAREDES, 2001, p. 136).

Con amplitud, Carlos Paredes se ha dedicado a la investigación de temas indígenas, cuyos datos nos permiten comprender pistas sobre los límites del polígono de las tierras de San Pedro, que muestran cómo de tiempo en tiempo estos variaron y se ajustaron sus linderos, que hubieron de ser rectificados en razón de disputas con los vecinos del barrio de la Concepción que por la afectación de intereses de índoles diversas.

Estos estudios, cuyas narrativas fundamentalmente se dan en texto, abarcan el tema bajo diferentes ópticas, pero a la fecha no nos aportan datos suficientes para que de su lectura podamos convertirlos en un plano o un mapa, donde de forma gráfica y clara se manifiesten suficientes referencias para lograr la reconstrucción histórica del perfil geométrico del predio, que entre otros dispositivos son punto de inflexión teórico-práctico documental de carácter histórico sobre este sitio.

17 “[...] hasta finalizar la época colonial se le observa plenamente constituido con su cabildo indígena, gobernador, alcaldes, escribano y demás cargos; se realizan elecciones anuales y todo lo que conlleva la pugna política: lucha entre facciones, fraudes electorales, cohechos, sobreposición de autoridades, etcétera. Y todo ello en un esquema no del todo claro entre los distintos barrios de indios de la ciudad, que aumentaron de 11 en el siglo XVII a una veintena al finalizar la época colonial. [...]” (PAREDES, 2012, p. 29).

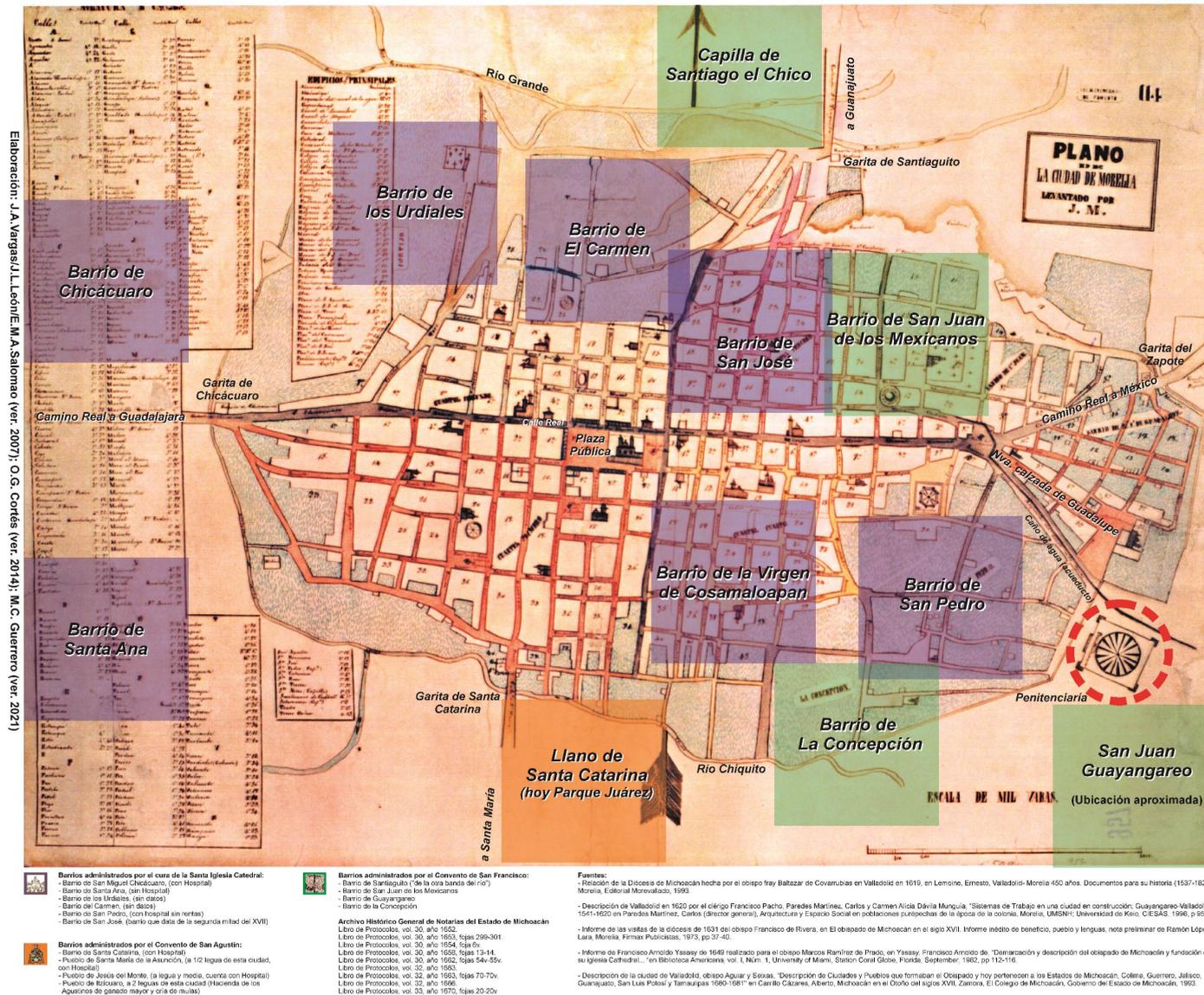


Figura 3 – Mapa histórico (J.M.) que muestra el cambio de la estructura mental que se vivió en la urbe a raíz de la coincidencia en el tiempo de los proyectos de transformación de los espacios conventuales, planteados por los propietarios (franciscanos, agustinos, carmelitas) y el ayuntamiento para derribar las tapias de sus huertas, tendiente a urbanizar los espacios antes privados y que permitió alinear y continuar las calles. Coinciden estas acciones con el momento de la aplicación de las leyes de Desamortización y Nacionalización de los bienes de corporaciones civiles y eclesíásticas. Fuente: Mapa extraído de Vargas (2001, p. 52-53 y 254). Colección particular.

## 6. DE BARRIO DE INDIOS A PASEO DE SAN PEDRO

En el siglo XVIII la recuperación del gusto por el paisaje y el paseo comenzó a integrar a la ciudad nuevos puntos de referencia. Las alamedas revivieron el intento exhibicionista de una creciente burguesía que se sumaba a la aristocracia de las pequeñas cortes virreinales. Ver y mostrarse resumía la impronta de los paseos de carruajes que llegaron al México de *fin de siècle*, a superar la cantidad de vehículos de las principales ciudades europeas (GUTIÉRREZ, 1990, p. 19).

Entendemos que los habitantes que ocupaban el barrio de San Pedro no sufrían de padecimiento alguno en materia de salubridad como consecuencia de respirar los hedores de los miasmas pútridos que invadían el ambiente cotidiano del casco histórico de Valladolid y demás poblaciones novohispanas, ya que entonces al grito de “aguas va” los deshechos humanos —al igual que otros— eran arrojados a la calle, donde corrían a cielo abierto aguas abajo, produciendo un permanente y nauseabundo olor que los pobladores ya acostumbrados respiraban a diario; panorama que aún se aprecia en múltiples tomas fotográficas locales pertenecientes a la segunda mitad del siglo XIX (DÁVALOS, 1989).

En el corazón de la ciudad durante el estiaje el efecto se agravaba, llegando a ser insoportable tal pestilencia; de ahí que —entre otras soluciones— los pudientes comenzaran a construir sus fincas veraniegas al oriente de la urbe, en el barrio de Nuestra Señora de Guadalupe, donde a lo largo de su calzada el intendente Riaño en 1791 había plantado en ambos lados una línea de fresnos (TORRES, 1912-1915, p. 302) para dar sombra al paseo y contribuir al solaz esparcimiento de los visitantes y disfrute permanente de los moradores estacionales.

De donde esta zona no solo era la más fresca en cuanto a temperatura producto de la fronda de los árboles y evaporación de humedad de las tierras de cultivo, sino también la de mejor calidad del aire que se respiraba en estos lares —libre de olores ponzoñosos—, sobre todo entrando “las secas”. Esta fue una de las poderosas razones por las que la gente acaudalada buscó ubicar sus cotos veraniegos en la zona oriente, primero en ambos costados de la calzada de San Diego<sup>18</sup> y después en las tierras del

18 En 1790, con la llegada del virrey Conde de Revillagigedo a la capital de la Nueva España se inició un importante proceso de regularización de la trama urbana de la Ciudad de México, buscando a la vez que

antiguo barrio de San Pedro, ya bajo la iniciativa del proyecto del Paseo del mismo nombre.

Sobre toda la parte Oriental abundan las huertas, en que además de los numerosos árboles que por ahí existen se cultiva toda clase de verduras, legumbres y plantas, cuyas aromáticas flores embalsaman el aire; es verdaderamente un lugar de recreo; la arboleda es menos abundante al Norte (de la ciudad), escasísima al sur y ninguna al poniente (WELDA, 1868, p. 4).

Sin temor a equivocarnos, podemos ver al ingeniero Guillermo Florestan Wodon de Sorinne recorriendo a pie o a caballo, palmo a palmo el terreno identificado todavía como barrio de San Pedro; seguramente debió tener acceso a una copia del plano levantado por Manuel Ravia<sup>19</sup> para indemnizar a los indios por sus tierras y posesiones materiales (casa o jacal, corrales, enseres necesarios para la labor y el cultivo de sus sembradíos y cuidado de sus árboles frutales).

Estudió *in situ* las posibilidades que el espacio ofrecía para ese nuevo cambio de uso adaptativo del suelo. Debó recorrer un sinnúmero de veces sus rúas, revisando de arriba abajo cada predio; ubicó los límites de la propiedad, los conductos (atarjeas) por donde los comuneros recibían el agua del vecino caño del agua (acueducto) para almacenar la necesaria para la subsistencia de sus familias y regar los sembradíos de sus sementeras de pan llevar.

Por igual, el ingeniero belga debió corroborar las medidas del plano (253,773 varas cuadradas), asentando los valores propios y acaso señalando los árboles de ornato que podrían dar significado y significancia a su proyecto, así como los frutales señalados en el avalúo que habrían de trasplantarse o ser eliminados. Verificó la topografía del polígono de figura trapezoidal irregular, cuya pendiente descendente era suave y corría a partir del extremo superior derecho, desde la esquina del lindero nororiente que limitaba

se alinearan las calles y eliminaran los callejones, que dada su incipiente iluminación eran escondrijos de malandrines; subyacía en este cambio de mentalidad el higienizar la trama urbana colonial a través de la limpieza de la basura e inmundicias de sus rúas.

19 “[...] Manuel Ravia fue designado (perito valuador) para proteger los intereses de los parcioneros, entregando su dictamen de valor que ascendió a [...]. El Ayuntamiento fue representado en este acto por el valuador Buenaventura Ortiz de Ayala, [...]. Y por último, Vicente Sosa en marzo 14 de 1853, contestó al haber sido nombrado como tercero en discordia, que se disculpaba [...], hasta mayo del mismo año fue cuando se consignó que Agapito Solórzano ocupara el puesto para ejecutar el peritaje como tercero en discordia” (VARGAS, 2012a, p. 131).

con el acueducto y con el hipódromo (hoy avenida Ventura Puente), procediendo diagonalmente hasta el extremo sur poniente lindante con el barrio de la Concepción para permitir el adecuado desfogue de las aguas pluviales, siendo esta la línea lógica para el embalse del drenaje y su desfogue. En fin, corroboró las bondades del enclave de este asentamiento, revisando como buen ingeniero civil las características del suelo y todo lo necesario para obtener una visión en extenso que le permitiera sustentar con solidez e ingenio el diseño de su propuesta para el proyecto del Paseo de San Pedro, amén de adquirir renombre al momento de su primer aparición en esta ciudad capital (VARGAS, 2012, p. 43-66).

Sin embargo, existe una seria dificultad para conocer el proyecto que elaboró Wodon desde el 15 de mayo de 1859 –mismo año de su arribo a Morelia–, ya que, aunque presentó y dedicó de manera gratuita el plano a la Corporación municipal, éste debió usarse en y durante los trabajos de ejecución de las obras *in situ*, perdiéndose así en la memoria de los archivos de la ciudad, tal como sucedió con otros diseños de Wodon de Sorinne. Durante nuestras pesquisas en el Archivo Histórico Municipal de Morelia tampoco encontramos el plano del proyecto de Cuadrielo, quien en 1857 fue el ganador del primer concurso público para hermostear el Paseo<sup>20</sup>.

El Exmo. Sor. Gobor. dispone, que siendo de interés público por las ventajas que proporciona a toda la población su ornato y embellecimiento y contribuyendo eficazmente a este intento la formación de un paseo, y para el cual está destinado en esta ciudad el terreno del barrio de San Pedro, se ocupe Us. Desde luego de llevar a cabo tan interesante proyecto, de acuerdo con el M. Y. Cuerpo Municipal, comenzando por distribuir entre los individuos particulares que querían cooperar al verificativo del paseo y conforme al plano presentado por Don Guillermo Wodon de Sorinne, las porciones que el mismo plano señala con el objeto; bajo la inteligencia de que serán gratis en obsequio de facilitar más la distribución y el fin de ésta (AHMM. Caja 240 H, Legajo S/Núm., Exp. núm. 7, años 1860-1861).

20 “[...] el gobierno impuesto durante el periodo que gobernó Maximiliano de Habsburgo, aparentemente no mostró mayor simpatía por hacer avanzar el proyecto, que ya duraba desde 1852 como idea de beneficio para la salud de los habitantes, y para el embellecimiento de Morelia. No fue sino, como señaló Tavera Alfaro, respecto del Ayuntamiento de 1867, cuando éste retomó el interés, tratando de aplicar el Bando de Policía de 1865, pretendiendo mejorar nuevamente el llamado Paseo de San Pedro y la contigua Alameda, [...]” (TAVERA, 1988, p. 118).

Como no existe el plano original, suponemos que debieron ser varios y no uno solo en razón de la dimensión del polígono, la complejidad del proyecto, la escala en el dibujo que debió usar para hacerlo más legible y de uso en obra; éstos contendrían una cantidad de detalles e información indispensable para repartir las tareas a cada especialista, según el avance de los procesos de obra a lo largo de la fábrica material. Por ende, no podemos conocer a detalle las características de los dibujos y los alcances del proyecto original, que aparentemente se aprobó tal cual lo(s) presentó el ingeniero civil y militar Wodon de Sorinne.

Tal pérdida nos remite a la búsqueda de información gráfico-documental a través de otros caminos que demandan nuestra revisión acuciosa, el análisis y la comparación de los diseños del Paseo de San Pedro, mediante la confrontación analítica de los planos urbanos de Morelia en la época decimonónica, elaborados por litógrafos y autores particulares para fines diversos.

Por igual, las fotografías de época resultan indispensables como soporte para conocer con precisión las características de las obras, no solo las relacionadas con el delineado de las calles producto de la urbanización del predio y la geometría de trazo de los *parterres* propuestos en el diseño de Wodon, sino también para identificar el equipamiento, los enseres propuestos y construidos para su embellecimiento y ornato, así como las particularidades de la nomenclatura con que se nominó cada calle, glorieta con sus lunetas y monumento dedicado a un(a) dios(a) de la mitología griega; y en general, a cada componente urbano del Paseo de San Pedro.

## 7. MIRANDO EL DISEÑO DEL PASEO-BOSQUE POR MEDIO DE LA CARTOGRAFÍA

Los mapas de la antigua Valladolid-Morelia son bien conocidos y manejados por los investigadores, aunque a veces solo los empleamos como ilustraciones complementarias para engalanar la publicación de nuestros trabajos. No sucede así con los geógrafos, cartógrafos, topógrafos y otros más que los producen, pero resultan de escaso o nulo interés para el común de los individuos.

En nuestro caso particular, como arquitectos, urbanistas, paisajistas, investigadores y restauradores de bienes inmuebles y sitios históricos, estamos interesados en la creación de metodologías nuevas de investigación que

aporten no únicamente referencias relacionadas con el fenómeno de las transformaciones urbano-arquitectónicas de la urbe, sino que tengan un carácter técnico-científico en apoyo de instrumentos de planeación urbana –como el Programa de Ordenamiento Territorial y Desarrollo Urbano Municipal de Morelia (PDUM)–, estudios y proyectos de intervención para el mejoramiento de la imagen urbana del centro histórico y procesos de investigación como el que aquí nos ocupa. Por esta razón recurrimos a los mapas, en virtud de que no existen otros caminos al no disponer de fuentes documentales para desarrollar a profundidad la reconstrucción histórica del Paseo de San Pedro (desde 1916, Bosque Cuauhtémoc).

Es de nuestro interés mostrar este particular proceso metodológico, que tiene la ventaja de carecer de la aridez de la sola lectura de textos y resulta del todo ilustrativo y claro visualmente, ya que de manera alegre y colorida sus gráficos nos cuentan las diferentes historias de vida que este espacio público-abierto, concebido y diseñado para el esparcimiento de los morelianos, ha tenido a lo largo de casi 160 años. Sus áreas privativas se constituyeron por mecanismos de apoyo financiero institucional y de los particulares interesados en detentar una propiedad campestre en comodato por un lapso de cien años. Si bien existieron escrituras otorgadas a cada usufructuario, con todo no era una propiedad raíz heredable a las familias de los deudos. Al fenecer el plazo acordado el municipio recuperó la posesión de la mayor parte de los *parterres*.

Para llevar a cabo este proceso metodológico, idealmente debemos transitar por la historia de este espacio geográfico a partir de finales del siglo XVIII, cuando la dinastía de los reyes borbones puso orden a las estructuras urbanas hispanoamericanas (véase más adelante el detalle del plano de 1794). Luego, nos remitimos a la primera década de la segunda mitad del siglo XIX, momento cuando *de facto* se extinguió el antiguo barrio de San Pedro. Así, el plano del levantamiento de Manuel Ravia constituye el sustrato gráfico base para desarrollar este ejercicio práctico, en el que empleamos diversos planos de época de la ciudad, que primero clasificamos cronológicamente y luego sistematizamos en series (dispuestos en filas y columnas) que se colocan en secciones (unidades o páginas, pudiendo variar su cantidad según la extensión del estudio en el tiempo). Así construimos nuestra dialéctica, iniciando de atrás hacia adelante, desde el siglo XVIII hasta los albores del XX por el momento.

A partir del plano antes mencionado, vamos seleccionando los demás mapas de nuestro interés que históricamente muestran el espacio permutado y los confrontamos –uno a uno– *versus* el del levantamiento topográfico del barrio de indios de San Pedro. Cada mapa se escanea, se recorta –por medios electrónicos– en el cuadrante de nuestro interés y se escala uniformemente a la medida conveniente para nuestro estudio. Repetimos la operación con el número de planos escogidos. Enseguida, formamos una tabla (serie) para insertarlos y los acomodamos en ella guardando cierto orden. Los ubicamos juntos, pero consecutivamente en el sentido de las manecillas del reloj (*wiseclock*), cuidando que se conjunten de manera armónica para su fácil lectura e interpretación.

Una vez estructurada la lámina –a manera de Cuadro–, colocamos las respectivas notas al pie de cada imagen: con su numeración (01, 02...), descripción técnica y aquella información aportada por su cotejo comparativo que sea de interés para el lector. Sustantivamente: su autor, fecha de elaboración, su origen o para qué objeto fue hecho, sus medidas y escala gráfica o *pitipié*, más la fuente de origen. Sería deseable proporcionar datos sobre la causa que originó el dibujo del plano. Como aquel que se elaboró para plasmar la división de la estructura de gobierno, manejo de la ciudad y para asentar la primera nomenclatura y epigrafía: nos referimos particularmente al plano virreinal fabricado para la instrucción de la Intendencia de Valladolid en 1794, que es el primero sobre el que sobreponemos el levantamiento de Manuel Ravia, para mostrar las características morfológicas del antiguo barrio de indios al momento de la permuta.

Aprovechamos de éstos (planos o mapas) por la riqueza de sus valores individuales, entendidos como un producto de su tiempo que habla de las habilidades del autor, así como de los materiales e instrumentos existentes que permitían la aplicación de ciertas técnicas según la moda del momento (calidad gráfica del dibujo, colorido y su técnica, medios de representación tradicionales o particulares y de su gran riqueza iconográfica, textos descriptivos incluida la nomenclatura y epigrafía, orientación/rosa de los vientos), y de ser posible la causa-origen que le daba sentido a este medio del lenguaje operativo de la Autoridad en turno (VARGAS, 2020, p. 33-34).

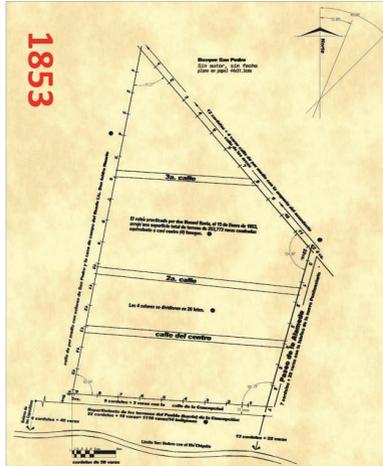
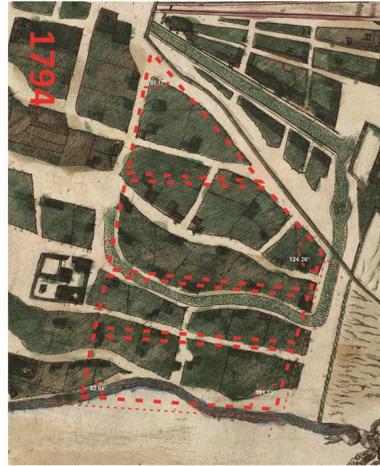
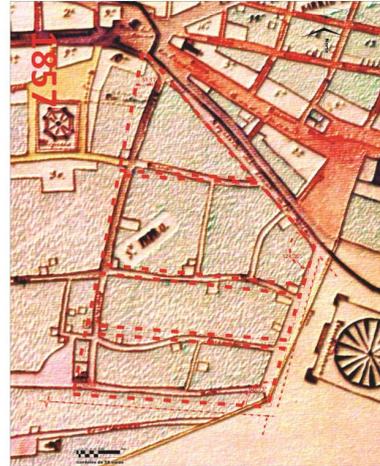


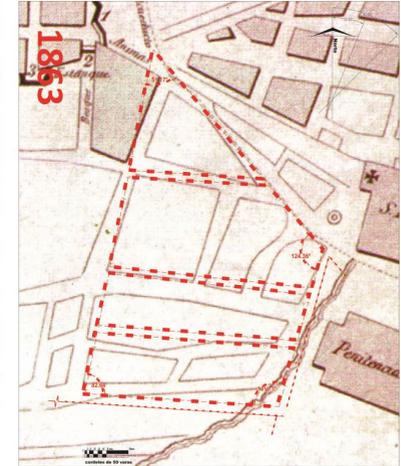
Gráfico procesado con datos del plano de Manuel Ravia, permite ver la geometría y superficie del polígono del Común de los Indígenas de San Pedro, extramuros de Morelia, así como la nomenclatura e información relevante. JAVCH/JLL/OCG/2012



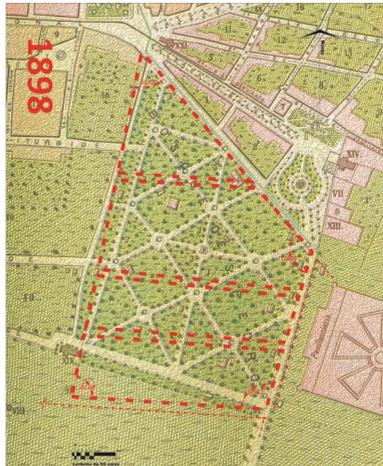
Recorte del plano de la Intendencia de Valladolid de 1794, mandado elaborar por orden del Virrey Marqués de Branciforte. Los límites y dimensiones del territorio urbano presentan pequeñas variantes a los límites reales derivado de la técnica de representación de la escala



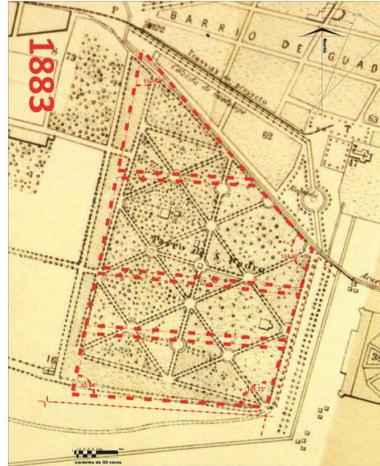
Detalle del plano de Morelia elaborado por Joaquín Mota, en el que vemos los perfiles ondulantes de las calles, la forma y ubicación de los jacales y las características de la parcelación del antiguo barrio de San Pedro, antes de que fuera permutado a los comuneros por el rancho del Aguacate



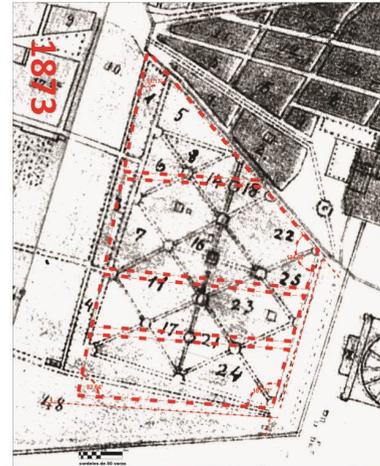
Extracto del Plano de la ciudad de Morelia (litografía de Decaen y Debray), para la fortificación de la plaza (18 de diciembre de 1863)



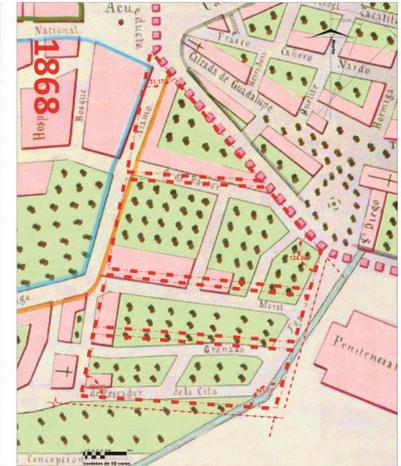
Detalle del plano de Morelia, perteneciente a una colección elaborada en la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz (Melchor Ocampo Manzo)



Mapa de la ciudad de Morelia, en: *Bosquejo histórico y estadístico de Morelia*, de Juan de la Torre (Imprenta de Ignacio Cumplido)



Detalle del plano de Morelia, que aparece en el libro de don Justo Mendoza sobre Morelia, se ven los números de los parterres del Paseo de San Pedro. Autor: José Rosario Bravo



Plano Morelia elaborado por Néstor Mórtes (sic), s/f. Refleja una clara intención de regularizar, a través de líneas rectas, la trama urbana de la ciudad según el pensamiento político de época. Blueprint en Mapoteca Manuel Orozco y Berra

Figura 4 – Confrontación del plano del polígono levantado por Manuel Ravia de las tierras del común del barrio de San Pedro, desplantándolo sobre siete segmentos de mapas históricos de Valladolid-Morelia de fechas diversas. Nótese la morfología original del espacio barrial y su transformación geométrica con el nuevo diseño del Paseo de San Pedro y su evolución a través del tiempo. Fuente: elaboración propia: JAVCH, MCG, febrero/2021.

## 8. REFLEXIONES FINALES

La ciudad debe repensarse a sí misma en una búsqueda permanente e integral para impulsar su adecuado rescate, conservación, manejo y actualización a través de la inserción de estudios y proyectos integrales de gran visión que se incorporen en los planes y programas de planeación institucionales, con trabajos de la naturaleza de los presentados en el Seminario; y más aún, incorporándolos prioritariamente a las políticas públicas del Estado, ya que por ser Morelia al mismo tiempo la capital del estado de Michoacán y la cabecera del municipio —como sucede en otras ciudades mexicanas—, presenta un traslape de jurisdicciones y, por tanto, de problemas de gobernabilidad; de donde estas propuestas deben alinearse entre ambas autoridades para lograr un beneficio efectivo para la colectividad.

El método mediante el cual abordamos nuestra investigación, además de ser novedoso, resulta fácil de estructurar y aporta datos concretos y confiables acerca de la morfología de los espacios del interés particular para cualquier estudioso del fenómeno de las transformaciones urbano-arquitectónicas. Por ser un material objetivo y didáctico, puede ser leído visualmente por medio del análisis comparativo de la cartografía antigua y la reciente relacionada con el dilema o la cuestión que resolver. Como ya puntualizamos, ante la ausencia de datos provenientes de las fuentes tradicionales, situación que antes nos impedía avanzar en la reconstrucción de la memoria historiográfica de Morelia; esta fenomenología corre de la mano con los estudios sobre la evolución de su toponimia en el espacio y el tiempo, como en otras ciudades.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALFARO, Xavier Tavera. **Juan José Martínez de Lejarza, un estudio de luz y sombra.** México: Secretaría de Educación Pública (SEP); Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1979. (Colección Científica-Histórica, n. 77).

ALFARO, Xavier Tavera. **Morelia en la época de la República Restaurada (1867-1876).** Morelia: Instituto Michoacano de Cultura/Colmich, 1988. v. I.

CÁRDENAS, García Efraín. Santa María, Morelia: un desarrollo cultural local con notables influencias externas. In: WILLIAMS, Eduardo; WEINGAND, Phi C. (ed.). **Arqueología y etnohistoria.** Zamora: Colmich/Centro de Investigación en Matemáticas, 1999. p. 217-231.

DÁVALOS, Marcela. **De basura, inmundicias y movimiento. O de cómo se limpiaba la Ciudad de México.** México: Editorial Cien Fuegos, 1989.

GUTIÉRREZ DE COSTA, Ramón. La vida urbana como un lugar de encuentro social y cultural. In: **Cabildos y Ayuntamientos de América.** México: Instituto Argentino de Investigaciones de

Historia de la Arquitectura y el Urbanismo/Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Azcapotzalco, 1990. p. 7-19.

ITURRIAGA, José. **Litografía y grabado en el México del siglo XIX.** Tomo I. México: Inversora Bursátil/Casa de Bolsa Grupo Financiero INBURSA/ Cálamo Corrente, 1993.

JUÁREZ NIETO, Carlos. Sociedad política en Valladolid (hoy Morelia) 1780-1816. In: **Estudios michoacanos III.** Morelia: Colmich/Gobierno del Estado de Michoacán, 1991. p. 229-268.

MAZÍN, Óscar. La catedral de Valladolid y su cabildo eclesiástico. In: SIGAUT, Nelly (coord.). **La catedral de Morelia.** México: Colmich/Gobierno del Estado de Michoacán, 1991. p. 15-63.

MORELIA. El jardín de la Nueva España. In: México, Patrimonio Mundial. Nueve ciudades mexicanas. Patrimonio de la humanidad. **Revista-libro.** Querétaro, n. 0, 2001.

PAREDES, Carlos Martínez. **Guayangareo en el nuevo contexto colonial:** algunos aspectos económicos del impacto funcional. Morelia: Texto mecanografiado, inédito, s/f.

PAREDES, Carlos Martínez. Valladolid y su entorno en la época colonial. In: DÁVILA, Carmen Alicia; CERVANTES, Enrique Sánchez (coord.). **Desarrollo urbano de Valladolid-Morelia. 1541-2001.** Morelia: UMSNH, 2001. p. 121-149.

PAREDES, Carlos Martínez. El barrio indígena de San Pedro en la ciudad de Valladolid en la época colonial. In: ETTINGER, Catherine; Munguía, Carmen Alicia (coord.). **De barrio de indios de San Pedro a Bosque Cuauhtémoc de Morelia.** México: UMSNH; Gobierno Federal-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Gobierno del Estado de Michoacán de Ocampo; Ayuntamiento de Morelia; Miguel Ángel Porrúa Librero-editor, 2012. p. 23-42.

PEREDO, Carlos Herrejón. **Los orígenes de Morelia:** Guayangareo-Valladolid. 2. ed. Guadalajara, México: Frente de Afirmación Hispanista; Colmich, 2000.

TORRES, Mariano de Jesús. **Diccionario histórico, biográfico, geográfico, estadístico, zoológico, botánico y mineralógico de Michoacán.** Tomo I. Morelia: Imprenta particular del autor, 1912-1915.

VARGAS, Jaime Alberto. Inventario de planos de Valladolid-Morelia. In: **Desarrollo urbano de Valladolid-Morelia. 1541-2001.** Morelia: UMSNH, 2001. p. 251-269.

VARGAS, Jaime Alberto. **El ingeniero Guillermo Wodon de Sorinne. Su vida y producción arquitectónico-urbanística en la Morelia de la segunda mitad del siglo XIX.** Morelia: El Colegio de Michoacán (Colmich), 2012a. p. 236.

VARGAS, Jaime Alberto. El Paseo de San Pedro. Proyecto urbano y conformación legal. In: ETTINGER, Catherine; DÁVILA, Carmen Alicia (coord.). **De barrio de indios de San Pedro a Bosque Cuauhtémoc de Morelia.** México: UMSNH; Gobierno Federal-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Gobierno del Estado de Michoacán de Ocampo; Ayuntamiento de Morelia; Miguel Ángel Porrúa Librero-editor, 2012b. p. 43-66.

VARGAS, Jaime Alberto. Intervención en un edificio histórico como fuente para su historia: De exconvento de Santa Catalina de Sena a Palacio Federal, Morelia. In: ETTINGER, Catherine et al. (coord.). **Historias de la arquitectura en Michoacán. Una mirada desde las fuentes.** México: UMSNH, 2020. p. 27-46.

WARREN, Benedict. **La conquista de Michoacán 1521-1530.** Morelia: Fimax, 1977.

WARREN, Benedict. Gonzalo Gómez y el inicio del asentamiento español en Guayangareo. In: PAREDES, Carlos (coord.). **Morelia y su historia. Primer foro sobre el centro histórico de Morelia.** Morelia: UMSNH-Coordinación de Investigación Científica; Morevallado Editores, 2001. p. 13-16.

WELDA, Othón. Sobre las principales causas que determinan la insalubridad del clima. **El Constitucionalista**, n. 26, p. 4, 1868.

Jaime Alberto Vargas Chávez  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), Facultad de  
Arquitectura  
Avenida Francisco J. Múgica S/N, Ciudad Universitaria, Morelia, Michoacán,  
México, C.P. 58030  
Orcid:  
E-mail: repremich@yahoo.com.mx

Nota do Editor  
Revisão do texto: Tikinet  
Submetido em: 01/04/2021  
Aprovado em: 03/07/2021